

LA CORONA RADIANTE
CRÓNICAS DE LA GUERRA DE LOS MIL AÑOS
PRIMERA PARTE
LA TORRE DEL RECUERDO

-308 c.VM

A somado a uno de los pocos balcones que tenía la torre, uno de los tantos torreones que sobresalían de su superficie de roca, el elfo vio a través de su catalejo el hielo del Glaciar Perpetuo. Aquella superficie de blanco puro se elevaba del agua varias decenas de metros, extendiéndose entre las altas Montañas del Anochecer, y había estado ahí siempre. La Isla que Flota se venía aproximando al glaciar desde los últimos meses, y sobre ésta, se erguía la inmensa Torre del Recuerdo. Aquella isla había navegado a la deriva por el Mar de los Enanos desde tiempos inmemoriales, y en varias ocasiones había arribado a tierra firme, varándose junto a la costa por cortos o largos periodos de tiempo. Y sobre ella, se levantaba la Torre del Recuerdo, que comenzó a construirse cuando los primeros elfos llegaron a la Isla que Flota. Aquellos primeros exploradores elfos, tanto tiempo atrás, provenían del Reino de Eslían, en la Península de Eëslinor, muy hacia occidente, donde termina el Viejo Mundo en el Gran Océano. Llegaron hasta allí, y encontraron la isla a pocas millas de distancia y armándose de valor, navegaron hasta ella, poniéndole por nombre Mesnäa. Al principio les pareció que allí no había nada, pero les extrañó que la isla se moviera... Y pronto descubrieron que en ella habitaba una fuerza muy superior, cuando se les apareció el Dios del Recuerdo, uno de los Grandes Lüe que llegaron al Mundo cuando aún era esférico. Éste les convenció para que creyeran en él, y siguiendo sus enseñanzas, comenzaron la construcción de la torre. El Dios del Recuerdo les pidió que jamás cesaran en elevar la torre hacia el cielo, pues estaba enamorado de la Luna, y de Moulth, la Diosa de las Estrellas, la Noche y los Sueños, que estaba presa al otro lado del astro, que se ocultaba y asomaba al Mundo... Así hicieron aquellos elfos, a los que después se les unieron otros, levantando en la Isla que Flota una pequeña civilización, sobre la que se erguía la Torre del Recuerdo, a la que sólo ellos llamaron Mesnäa. El Dios del Recuerdo, según dijeron, estaba formado por todos los recuerdos de aquellos que desearon dejarlos escritos en papel, y guardados en el interior de la torre. Así, la alta Torre del Recuerdo albergaba miles de ejemplares de libros, pesados grimorios o pergaminos, almacenando gran cantidad de recuerdos, que daban vida al Dios. Éste habitaba en lo alto de la torre, obsesionado con la Luna. Y mientras, sus súbditos, entre los que por

este tiempo ya había muchos elfos y enanos, continuaban construyendo la Torre del Recuerdo, que jamás dejaría de crecer, para que así el Dios del Recuerdo estuviera lo más cerca posible de la Luna...

En la altura dieciséis, ahora, el elfo se encontraba asomado a aquel torreón, observando por su catalejo, muy extrañado al ver que lo que antaño fue la gran ciudad portuaria enana de Karak-Lon, que desde las montañas se extendía por el glaciar, ahora no eran más que ruinas sobre el hielo. Estaba muerto de frío, a pesar de las pieles de oso que le cubrían. Aquella región del Lago de los Enanos, y a medida que se aproximaban al Glaciar Perpetuo, era cada vez más fría. Gélida, diría él... Todo parecía indicar que la Isla que Flota se iba a acercar al Glaciar Perpetuo, y si tocaba tierra, los hielos se partirían contra sus costas. El elfo suspiró y una bocanada de vaho salió de su boca, perdiéndose en la fría mañana.

Decidido, regresó al interior, donde el fuego de una chimenea calentaba la estancia. En el puesto de guardia, apostado en el torreón, estaba su compañero, Aëlin, quien lanzaba dados sobre la mesa. Él caminó junto a su amigo, y se sentó enfrente.

- Tú lanzas.- Le dijo Aëlin.

- ¿Te das cuenta de lo cerca que estamos? En unas semanas podríamos llegar a tierra...

- Eso es bueno, podremos abastecernos. Tú lanzas.- Y le pasó los dados en un saquito de seda.

- Las Montañas del Anochecer ya no son lo que eran. Las bestias campan a su anchas en los bosques y en los valles...

- Lanza los dados, Lüi.- Le increpó.

Éste los sacó de la bolsa. Eran cuatro dados, dos de seis, uno de cuatro y otro doce caras. Entonces los arrojó sobre la mesa, y éstos rodaron hasta quedar frente a Aëlin, mientras él hablaba.- Cuarentaiocho veces doce.- Ni siquiera miró el resultado. Sólo observaba a su compañero, que lo miraba fijamente.

- Veinticuatro veces siete.- Los dos bajaron la mirada. Sobre la mesa había un diez, un tres y dos seises.- Ganas los de seis. Te debo dos páginas.

- ¿No te das cuenta?- Insistió Lüi.- Los vesorianos han conquistado las montañas... Vete a saber qué fue de los hombres del Bosque Oscuro de Alorn-Toth.

- Toth jamás caerá.- Le interrumpió Aëlin.

- Sí...- Lüi sonrió.- Los enanos sí que fueron inteligentes, ocultándose en la montaña y sellando sus túneles. La superficie que una vez habitaron iba a dejar de existir, y huir fue una medida efectiva, aunque drástica.

- ¿Drástica?- Dijo Aëlin.- Thüril era un cobarde.

- El Rey Único no es un cobarde. Es sabio. Es el soberano de todos los enanos, y debe velar por ellos. Antes de verles morir en una guerra sin fin, decidió ocultarse en la montaña...

- Huir. Eso es lo que hizo.- Añadió Aëlin recogiendo los dados.

- ¿Crees que algún día regresarán?

- Lo dudo. Todos los enanos son unos cobardes.

- No todos...- Sonrió Lüi.- Los enanos de Mesnäa son fuertes y valientes, y muy sabios.

- Son ratas de biblioteca.

- Sí, eso también.- Ambos se rieron.

- Dicen que los vesorianos se han aliado con los orcos, y que dominan todas las montañas...- Dijo Lüi tras un momento.

- No son buenos momentos, no...

- Van a invadir el Viejo Mundo en masa, ¿te das cuenta?

- Y nosotros nos vamos a quedar aquí, sin hacer nada.- Le volvió a interrumpir Aëlin.

- Aquí, defendiendo la Torre del Recuerdo, y a toda la gente sobre Mesnäa.

- A nosotros no pueden hacernos nada.- Sentenció Aëlin.

- ¿Por qué no?

- Porque tenemos la corona.- Añadió encogiéndose de hombros. Lüi no dijo nada, y ambos quedaron callados unos segundos, hasta que Aëlin volvió a hablar.- ¿Pero qué pasará en Æslinor? ¿Qué será de ellos si las bestias llegan hasta allí?

- No lo sé... Que Dianae se apiade de ellos...

- ¿Y por qué no ayudarles?- Dijo sin más Aëlin.

- ¿Cómo?

- Con la corona...

- No podemos sacarla de la Torre del Recuerdo, lo sabes.- Le contestó Lüi.

- ¿Por qué no? Hemos hecho mucho por Él. Podría Él hacer algo por nosotros... Es nuestro hogar, no lo olvides.

- Ya no es mi hogar.- Dijo tajante Lüi.

- Sí lo es... Y lo sabes.- Aëlin negó con la cabeza.- Además, la corona no es suya. Él la robó también.

- Lüralan fue un traidor. Se merecía la Tormenta.

- Sí, lo que quieras.- Dijo Aëlin.- Pero la corona la hizo él. Era suya. Y Él se la quitó.

- La Orden Negra la ha guardado siempre. No te la iban a dar sin más...

- No...- Y Aëlin sonrió.- Pero juntos podríamos.

- Ni te atrevas a pensarlo.- Lüi dijo aquello sonriendo. Aëlin siempre terminaba por convencerle de todo, y estaba harto de aquello, aunque sabía que lo conseguiría. Si aquel elfo pretendía seriamente hacer algo, lo terminaba por conseguir.

- Me gustaría regresar a casa.- Dijo Aëlin.- Todos nos recibirían con agrado... Aquellos que guardan la morada del Dios del Recuerdo... Y gritaran nuestros nombres, y los de Ése,- Dijo señalando hacia arriba.- quien olvidó su nombre...

- La vida está llena de paradojas.- Concluyó Lüi.- Y quedaron callados.

El frío se colaba por la ventana, pero el fuego lograba hacerle frente, como una lucha perpetua. Ambos sabían que allí afuera moraban las bestias, que los orcos campaban a sus anchas, y que los vesorianos los habían reunido a todos... La guerra que se avecinaba sería devastadora.

- Doce veces quince.- Dijo Aëlin lanzando los dados.

- Treinta y seis veces cuatro.- Apostó Lüi, bajo su piel de oso.

Ocho noches después, Aëlin y Lüi se hallaban subiendo por la escalera de caracol, entre las alturas treintauno y treinta y dos. Aquella estructura de madera rodeaba todo el hueco de la torre, y se iba deteniendo de altura en altura, donde un pasillo rodeaba todo el interior de la torre, protegido con barandillas. A lo largo de cada altura, se extendía una estantería que tapaba toda la pared, y en cada una de ellas, incontables ejemplares de libros manuscritos, que daban vida al Dios del Recuerdo. Toda la torre era hueca, con los anillos de estanterías cubriéndola por completo, salvo en algunas alturas, que eran cámaras cerradas. Lüi se asomó por la barandilla de madera, y siete alturas más abajo, vio a los bibliotecarios, leyendo sin prestarles atención. Se encontraban sentados en largas mesas, que se extendían sobre el suelo de madera de aquella biblioteca. Si los veían, tendrían serios problemas. A ellos no les estaba permitido subir tan alto, y a hurtadillas, vestidos con ropas de bibliotecario, habían logrado llegar hasta allí. Si abrían la trampilla sobre sus cabezas, entrarían en la altura treinta y dos.

- ¿Estás seguro de lo que hacemos?- Le preguntó Lüi a Aëlin, que estaba a punto de abrir la trampilla.

- Sí.- Dijo sin más, e hizo fuerza hacia arriba, dejando la entrada a la cámara abierta. Entonces continuó subiendo por la escalinata, hasta entrar a aquella sala oscura.

En el interior no había nadie, ya se habían preocupado de eso. Estaba todo a oscuras, era increíble pensar que en aquél negro impenetrables pudiera estar la Corona Brillante. Ellos no la habían visto nunca, pero según contaba la leyenda, era un objeto que emanaba una luz tan cegadora, que sería visto en

millas a la redonda. Cuando Lüi entró, cerró la trampilla, y la poca luz que pudiera entrar por ella desapareció, dejándolos completamente a oscuras.

- No puede estar aquí.- Dijo Lüi en voz baja.

- Está aquí...- Aëlin se agachó y comenzó a encender una antorcha, chascando dos piedras de pedernal sobre una tela empapada en aceite.

- Llevamos en la Torre mucho tiempo... ¿Por qué esta noche? Sigo pensando que era mejor esperar a la luna nueva.- Lüi hablaba en la oscuridad, ahora rota por las chispas que hacía Aëlin.- La leyenda cuenta que la corona no brilla en las noches que la Luna no surca el cielo... ¿Por qué hoy que está llena sobre la bóveda nocturna?

- Porque Él estará distraído observándola desde lo alto de su torre... Ensimismado con su belleza, y con su luz, que baña de plata las montañas. Porque esta noche, Él ni se dará cuenta que le vamos a quitar la Corona Radiante.- Y entonces el trapo prendió a partir de una fuerte chispa, y la estancia treinta y dos quedó iluminada.

La estancia circular era enorme, y estaba completamente vacía, salvo porque en el centro había una plataforma de roca, muy ornamentada, y sobre ésta, un objeto cubierto por una tela negra. Alrededor, cubriendo toda la pared, una estantería contenía innumerables libros, como en las estancias inferiores y superiores.

Los dos elfos caminaron hasta la plataforma de roca, observando aquel objeto. La tela lo cubría, así como a toda la superficie de piedra, cayendo por los lados de la plataforma. Era totalmente negra, y en el centro, sobre el objeto que ocultaba, había un sello tejido en oro. Era una estrella que parecía brillar en la oscuridad...

Los dos se miraron, uno dudando, y el otro muy decidido.- ¿Vamos a hacerlo?- Preguntó Lüi resignado.

Entonces Aëlin cogió la tela por el escudo dorado y tiró con toda sus fuerzas hacia arriba, dejando ver el objeto hasta ahora oculto. Era una urna de un cristal teñido de negro, totalmente opaco. Y sobre ésta, tallado en oro el mismo símbolo.

- ¿Estará ahí dentro?- Lüi no quería ni saberlo, pero preguntaba como acto reflejo.

- No pienso llevarme esta urna sin saber si dentro está la Corona Radiante.

- No la abras aquí, podríamos descubrirnos...

- ¿Y cuándo quieres abrirla? ¿En Eëslinor? No voy a descubrir allí que nos llevamos una urna vacía, o con vete a saber qué cosa que no nos sirva para nada...- Aëlin tapó de nuevo la urna con la tela negra, y buscó con los dedos cómo abrirla. La parte de arriba era la tapa, pues aquello eran unas bisagras, y al otro lado encontró el enganche que la mantenía cerrada. Muy despacio, abrió

la urna, y un destello surgió bajo la tela negra, que iluminó la estancia, cegándolos a ambos. La tela no fue suficiente para detener el destello, y ambos sintieron una fuerza que emanaba de la urna, y cayeron de espaldas, quedando la urna cerrada, y cubierta por la tela.

- La tenemos.- Dijo Aëlin.

- La Corona Radiante...- Lüi no se contenía en sí.- Debe llevar milenios en esa urna, y nosotros acabamos de verla...

- ¿Tú la has visto?- Sonrió Aëlin.

Los dos se levantaron de un salto. Aëlin cogió la urna, bien cubierta por la tela, y la ocultó bajo la túnica de bibliotecario. Sin decir una palabra, los dos elfos volvieron a bajar a la altura treintauno, y comenzaron a descender por la escalera de caracol.

Cuando llegaron a la biblioteca en la altura veinticinco, tres elfos y dos enanos leían sentados separados. Todos ellos muy concentrados en la lectura, salvo uno, que levantó la cabeza un momento para observarlos. Era un enano viejo, de espesa barba y pelo gris, con arrugas por toda la cara. En una mano llevaba un monóculo, y con la otra escribía en un grueso libro. Así como los observó, devolvió su atención a la escritura, y ellos pasaron desapercibidos.

Bajaron a la estancia veinticuatro, donde varios enanos se reunían en torno a una mesa. La mayoría eran ya ancianos, aunque había alguno más joven. Discutían acaloradamente, aunque en voz baja, sobre algún tema. Toda la cámara estaba alumbrada por antorchas, en la pared, y un candelabro en el centro de la mesa, que les iluminaba el rostro. Los dos elfos, tratando de no llamar demasiado la atención, caminaron alrededor de la estancia, junto a la hilera de libros de la pared.

- La Llorona no existió. Estoy seguro.- Dijo un enano viejo que encabezaba la mesa.

- Ese Lunariu nunca fue escrito, pero ella existe. La invocaron en la Torre de Teth Nolin, durante la Era de A'Karil, que sea honrado por los Dioses de la Tierra.- Le contestó otro, en voz muy baja. En la torre no estaba permitido hablar en voz alta, para no molestar en la lectura, y ni siquiera en estas reuniones se les permitía hacerlo.

- De eso hace más de novecientos años... ¿No crees que ya habríamos sabido de ella?

- La Llorona es un demonio triste... Podría haber estado vagando todo este tiempo por los Páramos de las Estrellas, como un alma en pena...

- No lo creo.- Sentenció el primero.

Aëlin y Lüi llegaron a la trampilla, deseando marcharse de allí, con la urna oculta bajo la túnica, y la abrieron para bajar a la altura veintitres.

- Su Lunariu nunca fue escrito. Si existe o no, pronto lo sabremos, pues las bestias ya han comenzado a invadir el Viejo Mundo... Pero es otro Lunariu

el que me preocupa... E'vilized, el Demonio Resentido imaginado en el Deseo de Orfgod será invocado pronto, pues no le quedan muchas lunaciones a su Lunariu para terminar...

Lüi cerró la trampilla sobre su cabeza, y por fin se vieron fuera de peligro. Tenían permiso para estar en la altura veintitrés, y nadie les detendría ya. Ocho alturas más abajo, se encontraba la siguiente cámara cerrada, donde había unos aposentos. Allí, podrían ocultar la corona, y después sólo tendrían que esperar a llegar a tierra. Su plan había resultado, huirían con la Corona Radiante a través de hielo del Glaciar Perpetuo, y después cruzarían el Viejo Mundo, para llevarla hasta la Península de Ëslinor, donde habitaban sus familias. Allí serían capaces de hacerle frente a esas bestias...

La Torre del Recuerdo
La Corona Radiante (primera parte)
Crónicas de la Guerra de los Mil Años
Memorias Olvidadas
 Darka Treake, 2011
www.modt.net